

El diálogo posible

Por GUILLERMO RODRÍGUEZ RIVERA

Desde hace semanas recibo constantes mensajes provenientes de un correo perteneciente a Ana María Suárez, pero siempre firmados por Jorge C. Oliva Espinosa, a quien no conozco.

Son todos ellos correos muy críticos y, no necesariamente reflexivos. No ha mucho, Oliva le pedía al amigo Nyls Ponce, que recordara el tiempo que hacía que no se comía un bisté de palomilla.

Yo había leído la interesante información circulada en torno al diálogo auspiciado por la revista *Espacio Laical*, y en el que han tomado parte importantes intelectuales de la Isla y la diáspora. Para no variar, Oliva desecha ese diálogo: no considera a los que, de pasada, llama los “honestos exponentes” en el debate, y se dedica a impugnar cuatro subgrupos que él intuye “infiltrados” en la discusión y cuyas características ocultas devela.

Incorre en la abierta contradicción de rechazar el debate porque no tenemos una cultura de debate pero, enseguida, señala que esa cultura sólo se obtiene debatiendo.

No sé si Oliva no quiere que haya diálogo para protestar porque no existe o pretende que lo haya para protestar por su inutilidad.

No sé si el de *Espacio Laical* será “el Diálogo” que Oliva pretende. Cuba le ha propuesto a los Estados Unidos dialogar libremente sin precondiciones y la gran potencia simplemente lo ha ignorado, quizá porque estima que, para aceptar que alguien dialogue con ella, hay que aceptar sus condiciones, que van aumentar indetenidamente.

A mí, el diálogo propuesto por la publicación de la Arquidiócesis habanera me parece muy positivo. Puede ser que no sea el “Definitorio” y que participe en él algún personaje que no es de mi simpatía, pero en una propuesta como la de *Espacio Laical* hay que darle cabida no solo a lo simpático sino también a lo antipático, porque lo que se quiere procurar es la *empatía*, es decir: la actuación de los dialogantes con respecto a una realidad mental que no es la propia.

Lo realmente positivo en el artículo de Oliva es la afirmación de que, sin debate, nunca va a propiciarse una cultura del diálogo. Entonces, ¿por qué desacreditar de antemano un esfuerzo serio dirigido en ese sentido? Amengüe Oliva la intolerancia, la incapacidad para escuchar al *otro*, porque eso es exactamente la antítesis del “cambio de mentalidad” que nuestra realidad demanda, y que no está de un solo lado.

Foto: ManRoVal

